

A Propósito de una Película

La Herencia de Freud

Por Ignacio Martín

Según nuestros cálculos, unas cincuenta mil personas habrán presenciado durante estos días, en Bogotá, la película "Pasiones Secretas", que trata de los orígenes del psicoanálisis. Por otra parte, el hecho de que en este año de 1964 celebremos el vigésimo quinto aniversario de la muerte de Sigmund Freud, nos proporciona la oportunidad para una mirada retrospectiva sobre las teorías freudianas y su eco en nuestra cultura. Recopilación serena, sin apasionamientos ni en pro ni en contra. La pregunta surge espontáneamente: ¿Qué herencia nos ha legado Freud? En otras palabras, es Freud quien ha forjado parte de nuestra cultura actual o, por el contrario, Freud no es sino el producto de una época? Vayamos por partes.

En primer lugar, hay que distinguir dos ejes de influjo: el campo científico (médico-psicológico, en nuestro caso), y el campo de la vulgarización, con sus reflejos en el arte. Es indudable que, en la esfera científica, la aportación de Freud va precedida por un inmenso signo positivo. Con razón se ha equiparado la revolución freudiana, a la que en otro plano realizara Copérnico. La psiquiatría estaba prácticamente anclada en el puerto de lo somático-fisiológico y era difícil sacarla de ese estancamiento. La prueba de ello nos la da la oposición cerrada con que Freud hubo de enfrentarse en su tiempo. Trasladar el énfasis psíquico de lo consciente a lo inconsciente, era poner "patas arriba" todas las concepciones entonces existentes. Aun hoy día, muchos individuos se niegan a admitir la fuerza de mecanismos ocultos lejos del campo de su conciencia. Con Freud, la psicología pudo independizarse de la fisiología, y se pasó de los "meros reflejos condicionados" a las honduras más profundas de nuestro psiquismo. Nació una nueva concepción del hombre. Una concepción que Freud parcializaría al absolutizarla, una concepción que, al identificarse con el materialismo —he ahí uno de los errores del psiquiatra vienés— sería repudiado por el moderno análisis existencial, más de acuerdo con el hombre vivo. Pero ese parcialismo parece ser un lastre inherente a todo descubrimiento humano. El hombre es una sencilla complejidad. Por eso, querer reducirlo a una sola fuerza, a un instinto, a la libido —en nuestro caso—, es encajonarlo en unos moldes demasiado estrechos, es empujarlo por el camino de un determinismo irreal. Y es que Freud era un magnífico investigador, un admirable científico, pero un pésimo filósofo. Mientras permanece en el campo experimental sus aportaciones son extraordinarias. Ya hemos hablado del inconsciente. Podemos añadir ahora el nuevo enfoque en la comprensión de toda neurosis o enfermedad mental. Hasta ahí, Freud científico trabaja con elementos apropiados. Pero cuando se lanza por la especulación, cuando se pone a teorizar y a construir lucubraciones trascendentales, Freud pisa en falso y se desboca en concepciones que brillan por su carácter fantástico. No sin razón la

ter fantástico. No sin razón la "cuasi-religión" freudiana tuvo que sufrir tempranos y continuos cismas, empezando por los de Adler y Jung. Luégo la teoría psicoanalítica es falsa? No. No es que sea falsa. Simplemente es parcial. Lo mismo que lo fue la psicología individual adleriana, o la arquetipología un tanto mítica de Jung. La libido existe, como existe la voluntad de poder. Pero son concepciones parciales, concepciones que ni siquiera fusionándolas abarcan completamente el psiquismo humano. Con razón el gran psiquiatra vienés, Viktor Frankl, preconiza una "terapia que arranque de lo espiritual" —en sus propias palabras— para llenar un vacío en la psicología profunda. Y difícil será a quien conozca la personalidad y los escritos de Frankl, judío de religión, tildarle de conservador o "papista". Por otra parte, si mérito extraordinario de Freud fue el enfoque de las neurosis, fallo suyo, y muy grave, fue el de querer explicar al hombre normal por el anormal. Claro que esto nos llevaría a dilucidar la espinosa cuestión de la normalidad. Pero no tratemos de encontrarle cinco pies al gato. Y si el complejo de Edipo —pongamos por ejemplo— puede explicar algunas neurosis —lo cual también sería muy discutible— es inadmisibles tratar de hacer de él una etapa en el desarrollo de todo individuo.

Si pasamos, ahora, al segundo campo de influjo, el campo de la vulgarización, aquí sí creemos que la aportación freudiana va precedida por un signo negativo. Para decirlo gráficamente, lo que ha trascendido del psicoanálisis a la masa ha sido la "X". Una inmensa X de la palabra sexual, que ha llenado nuestra literatura, nuestro cine e inclusive nuestra cultura. Es ya clásica la división de la literatura en ante y post-freudiana. Y si no han faltado autores que han sabido sacar provecho de las honduras anímicas descubiertas por Freud —pongamos, por ejemplo, un Francois Mauriac—, una gran masa de escritores se han escudado en el pretexto de profundidad psicológica para llenar páginas de una pornografía formal intolerable. Sin ir más lejos, en nuestra patria podemos encontrar claros ejemplos, como "Cuatro años a bordo de mí mismo" o "El hostigante verano de los dioses", libros que, bajo otros aspectos, continen valores muy apreciables. Todo esto, sin descender a libros o revistas pseudocientíficas, de las que todos conocemos más de un caso, o folletines vodevilescos. Creemos que Zola hoy no constituiría ningún escándalo. Y lo que decimos de la literatura, con mayor razón podríamos aplicarlo al cine. Se diría que mucha gente —tampoco queremos ge-

neralizar— se obsesiona con el sexo. Se deja penetrar por sus cinco sentidos de la excitante X, y se ciega a sí misma ante una realidad mucho más bella y profunda que es el verdadero amor. Pero no seamos ingenuos y pretendamos descargar toda la culpabilidad a Freud. Sería absurdo pensar que él es la única fuente de ese desvío, tan común hoy día. Freud fue hijo de su ambiente, así como él coadyuvó a formar el ambiente posterior. Fue, en frase orteguiana, "él y su circunstancia", así como nuestra "circunstancia" se halla muy imbuida de él.

Personalmente, siento una gran admiración por Freud. Creo que fue un hombre modelo en su honestidad científica, en su ansia y búsqueda de la verdad, en su capacidad luchadora contra viento y marea. Por otra parte, un hombre ejemplar en sus relaciones familiares y en su sinceridad consigo mismo. Pero, es obligación nuestra saber deslindar campos. Y, ante su doctrina, hay que adoptar una posición crítica para separar el trigo de la mala hierba. La ciencia, por su lado, ya lo ha hecho. ¿Nos dejaremos nosotros arrastrar por la corriente masiva, o, más bien, seremos capaces de plantar cara a ciertas opiniones, demasiado en boga, con la valentía del que se sabe poseedor de la verdad y no teme defenderla?

IGNACIO MARTÍN

CAMPANAS
para Iglesias, Colegios, etc.



CRA. 31 N° 12-26, TEL. 473929.